

Casablanca (1942) Michael Curtiz

En algún momento, a lo largo de nuestras vidas, todos hemos pretendido ser héroes. Ser esa persona que salva a alguien; que logra que una situación difícil, y prácticamente irresoluble, tenga un final feliz; ese ser cuyas virtudes son infinitamente más grandes, y numerosas, que sus escasos e insignificantes defectos. La inmensa mayoría de nosotros no lo ha conseguido nunca, porque ser héroe no es fácil. Nadie está preparado para serlo. A lo máximo que han llegado algunos, es a ser un antihéroe. Sí, esa persona que, pese a los muchos defectos que tiene, es capaz, en algún momento, de realizar un solitario acto heroico. La soledad. Ese es otro de los atributos del antihéroe, al contrario de lo que le sucede al héroe, al que siempre acompaña alguien, una pareja, un socio, una turba que lo aclama.

En la película *Casablanca* tenemos un perfecto arquetipo de antihéroe. No sé si es este filme el primero en tratar tal figura, la del antihéroe, imagino que no, pero, seguramente, ha sido el que mejor lo ha reflejado durante muchos años.

El papel de Rick Blaine, interpretado magistralmente por el actor Humphrey Bogart, refleja al exitoso propietario del establecimiento Rick's American Bar, un hombre acosado por los remordimientos de su pasado, envuelto en un halo de cinismo que se refleja, a lo largo de la primera mitad de la película, a través de ingeniosos diálogos y frases lapidarias de tipo duro: “¿Dónde estuviste anoche?” le pregunta una chica, “Hace tanto de eso que no lo recuerdo”, “¿Te veré esta noche?”, insiste ella, “Nunca hago planes con tanta antelación”; el mismo trato despectivo que da al mayor Strasser (Conrad Veidt), cuando este le pregunta: “¿Cuál es su nacionalidad?” a lo que Rick responde con un lacónico “Beodo”.

El contrapunto a este personaje, lo representa el capitán Renault, inconmensurable Claude Rains, un tipo amoral, sinvergüenza, vividor y aprovechado, que es la cabeza visible del gobierno de Vichy en Casablanca; un tipo de modales exquisitos, que tiene el egoísmo como religión; un tipo que, cuando la joven de la que pretende aprovecharse, a cambio de un visado de salida, le dice que ha conseguido el dinero para el mismo y lo llevará a su oficina a las ocho de la mañana, él le responde, al tiempo que le besa la mano, con su sempiterna sonrisa: “Hace muy bien, yo llegaré a las diez”.

La genialidad de la película es que ese supuesto contrapunto de personajes, no es tal, ya que el mismo capitán Renault resulta ser, en la escena final de la película, otro

antihéroe: *“Han matado al mayor Strasser... busquen a los sospechosos habituales”*, comenta cínicamente a sus subordinados, mientras mira de frente al asesino del mayor.

He de reconocer que, de todos los personajes que pululan por Casablanca – Ilsa (Ingrid Berman), Victor Laszlo (Paul Henreid), Ugarte (Peter Lorre), Ferrari (Sydney Greenstreet) –, me quedo, sin duda, con el prefecto de policía Louis Renault.